

Jordi Sierra i Fabra

Pau Casals y el niño que tocaba el violín  
(fragmento)

Buenos Aires, 2020  
© Jordi Sierra i Fabra  
© Digital Agencia Ayesha Libros de Alexander Margulis  
Pasaje Milán 1724  
(1416) Ciudad de Buenos Aires  
República Argentina  
5491154744893

ISBN en trámite

*Pau Casals y el niño que tocaba el violín / Pau Casals i el nen que tocava el violí (fragment)* fue publicado en España por La Galera (Cortesía del autor).

ESTE EJEMPLAR INTEGRA LA  
BIBLIOTECA DIGITAL AYESHA CATALANA  
EN DICIEMBRE DE 2020  
CON EL AUSPICIO DEL  
INSTITUTO RAMON LLULL DE BARCELONA



# **Pau Casals y el niño que tocaba el violín**

(fragmento)

## DO

En la plaza, junto al hotel, hay coches de caballos.

Los coches son cómodos, confortables, con asientos tapizados en rojo. Los caballos hermosos. Parecen felices, bien comidos, brillan. No están muy enjaezados, pero tampoco faltos de la ornamentación apropiada. Los cocheros esperan, subidos al pescante. Su porte es digno, el uniforme severo, la chistera alta. La primavera es suave y cálida, así que ya han dejado atrás las mantas. Es tiempo de paseos. Tiempo de disfrutar la exuberante calma y el silencio del Central Park.

Ah... Nueva York parece más y más espectacular que cuando llegó por primera vez, en 1901.

Han pasado quince años.

Un soplo de tiempo.

Aunque entonces era noviembre, hacía frío, llovía.

Cuando el *St. Paul* pasó cerca de la Estatua de la Libertad, sintió un escalofrío.

La Tierra de las Promesas...

Pau suspira y sigue el paseo.

Deja atrás la plaza, en la esquina sureste del Central Park, todavía en obras a causa del metro y a punto de ser inaugurada. Deja atrás el fastuoso hotel Plaza y la mansión de Cornelius Vanderbilt II, el monumento ecuestre de Sherman y la nueva fuente, llamada Pulitzer en honor a la generosidad de su impulsor, Joseph Pulitzer, decidido a rivalizar con la de la plaza de la Concordia en París. Caminando despacio, sigue por la misma calle 58, ahora en la parte Oeste de Manhattan, por debajo del parque. Rebasa la Sexta Avenida, y al llegar a la Séptima dobla a la izquierda, para ver, una vez más, la impresionante arquitectura del Carnegie Hall.

Mañana, concierto en el Metropolitan, pero hoy, ahora...

¿Cómo olvidar el debut en el Carnegie, el 9 de marzo de 1904, en su segundo viaje a los Estados Unidos, ya convertido en solista?

El memorable *Don Quijote* de Richard Strauss que puso al público en pie.

Y, además, poco después de tocar en la Casa Blanca ante el presidente Roosevelt

—Eres un sentimental —se dice en voz baja.

Lo es, ¿y qué?

No se puede ser artista sin ceder a los sentimientos.

El norte de toda creatividad.

Algún día también dirigirá en el Carnegie. Es uno de sus sueños.

Se toma su tiempo. Contempla los arcos de las puertas y las ventanas, el tono ocre, rojizo, de los ladrillos, los detalles de terracota, las banderas que apenas si se mueven porque la brisa es imperceptible. La gente pasa por la acera sin fijarse en el templo de la música, sin levantar la cabeza. En Nueva York todo el mundo parece tener prisa, la vida se acelera, nadie pasea salvo que se adentre en el parque.

Le encanta París, pero Nueva York... El Carnegie...

Escucha música en su cabeza.

El sonido de su violonchelo.

Siempre escucha música en su cabeza, pero a veces es mucho más que eso: una melodía exuberante, un torrente, una concatenación de notas sublimes convertidas en ráfagas que retiene instintivamente.

Mira hacia arriba, en dirección al parque. Mira hacia abajo, por la Séptima. Duda. Los paseos por el Central Park son catárquicos. Pero pisar el asfalto de la Séptima es como aspirar la vida en el corazón de Manhattan.

Decide sumergirse en ese corazón.

Sus botines dejan huellas invisibles en la acera mientras el tráfico, farragoso, invade el aire de sonidos inexistentes apenas un par de décadas antes. La era del automóvil ha llegado para cambiarlo todo.

Por un momento piensa en su casita de Sant Salvador, junto al mar y cerca del cielo.

Por un momento.



A veces su casa es, simplemente, el mundo. París, Londres, San Petersburgo...

Pau sigue caminando.

Debería pensar en el concierto de mañana.

Debería.

Será algo singular, único. Un punto evocador, triste, cargado de emociones a flor de piel.

¿Por qué trata de no pensar en ello?

## **RE**

La zapatería está cerca. Ha pasado alguna vez por delante de ella, ha mirado los zapatos, le han gustado, pero nunca ha tenido tiempo de entrar en la tienda y probárselos. Comprueba la hora. Es el momento. Toma la decisión y entra en el establecimiento. Un probador atiende a un caballero que parece dudar entre dos pares muy diferentes. El joven que se le acerca a él es solícito. Le hace una pequeña reverencia.

—¿Señor?

—El modelo del escaparate. El que tiene la parte superior del botín de color blanco.

—Un gran calzado, recién llegado —se jacta—. Si tiene la amabilidad de tomar asiento...

Tiene la amabilidad.

—¿Qué número calza?

—El 42, aunque a veces puede ser un 43.

—Probaremos primero con un 42.

Se quita el sombrero y espera. El par de zapatos aterriza en menos de un minuto a sus pies, con el joven ya equipado, calzador en una mano y el apoyapies en el otro. Le quita el zapato del pie derecho y, casi con ternura, le inserta el nuevo.

—¿Se siente cómodo?

Pau se levanta.

Cómodo es poco.

Comodísimo.

Un guante en el pie.

Tanto que opta por ver más modelos.

—Es perfecto —asiente—. Me los llevaré, pero antes, tiene algún par más del mismo estilo, en negro, beige...

—Disponemos de la más alta gama de zapatería para caballeros, no lo dude —se incorpora complacido por la ductilidad del cliente—. Le traigo algunos modelos de inmediato. ¿El señor quiere tomar algo, un café?

—No, gracias. Muy amable.

Otra reverencia.

Pau se quita el zapato elegido. La piel es buena, el tacto perfecto. Una compra estupenda. Susan estará encantada. Mientras espera el regreso del vendedor se da cuenta de que un hombre mayor, de pie detrás del mostrador principal, le observa con las cejas en alto. Tiene en las manos un periódico.

Un periódico con la foto de él.

Pau trata de despistar, pero es tarde.

Odia ser reconocido.

La gente te trata de manera distinta cuando sabe quién eres.

Al reaparecer el joven con tres cajas de nuevos zapatos, el hombre se sitúa a su lado y expande una enorme sonrisa en su cara. Es el primero en hablar.

—Señor Casals... Es un honor servirle, y un orgullo para nuestro establecimiento contar con usted como cliente.

—Gracias —se muestra comedido.

El vendedor le mira de otra forma.

Un personaje importante.

—Yo atenderé gustoso al señor Casals, Thomas —le dice el encargado de la zapatería.

Es inevitable.

El joven ya no cuenta. Desaparece.

Los cinco minutos siguientes son de charla insulta y convencional. Lo único que ya quiere es salir de la tienda con su compra. Los zapatos elegidos y un par

más que también le entusiasman. Sí, vive en Nueva York de manera temporal desde hace dos años. Sí, el concierto del día siguiente será un hito. Sí, el motivo es una pena. Sí, habla muy bien el inglés para ser extranjero. Sí, volverá al establecimiento porque los zapatos son cómodos y de gran calidad. Sí, sí, sí.

En el momento de abonar la compra, las dos cajas parecen enormes encima del mostrador.

—¿Quiere que avise a un taxi, señor Casals?

—No, gracias. Vivo relativamente cerca.

—Entonces, ¿le mandamos las dos cajas a su casa? Será un placer.

—No es necesario, yo...

—¡Oh, permítame que insista! —se esfuerza el hombre—. Déjeme que, por lo menos, uno de nuestros chicos le ayude y le acompañe hasta su casa llevando la carga. Es lo menos.

¿Tiene escapatoria?

A fin de cuentas, el encargado tiene razón. Las dos cajas abultan. Si la tienda dispone de un muchacho para tales menesteres...

Se rinde.

—De acuerdo, es muy amable.

—¡Faltaría más!—levanta un poco la voz y dice—: ¡Thomas, llama al chico!

## MI

El chico tendrá unos catorce o quince años. Parece despierto a pesar del uniforme en el que va embutido. Porque lleva uniforme, sí. Su aspecto, más que empleado de una zapatería, es el de botones de un gran hotel o de un banco. Desde luego, algo en él no encaja. Quizás los zapatos, demasiado grandes. Tal vez la chaquetilla, demasiado marcial. Tiene los ojos vivos, despiertos. Los ojos de un pilluelo que, si no trabajara en una buena tienda, serían los de un chico de la calle, habituado a sobrevivir más que a vivir. Pau nunca camina deprisa, así que su acompañante se adapta a su paso, sosteniendo las dos cajas con ambas manos.

El muchacho le mira.

De reojo.

No se atreve a decir nada, aunque da la impresión de morirse de ganas de hacerlo.

Una escena curiosa.

Tanto que es el propio Pau el que rompe el hielo.

—¿Cómo te llamas?

Y entonces...

La sorpresa.

—Paul —responde. Y agrega en perfecta catalán—: Pero en casa me llaman Pau, como usted, señor.

La sorpresa no tiene límites.

¿El chico habla catalán?

Casi detiene su paso.

—Pero bueno... —le sonrío.

Es suficiente para que él haga lo mismo, aunque tímidamente.

—Es un honor acompañarle, señor.

—¿Eres emigrante?

—Yo nací aquí, señor —habla con un poco más de aplomo—. Soy neoyorquino. Mi abuelo fue el primero en llegar.

—¿Cuánto hace de eso?

—Fue en 1880.

—¿Vive?

—Oh, sí —Paul, ahora Pau, vuelve a sonreír—. Tiene setenta y siete años y está fuerte como un roble. Dice que para algo creció en la montaña, respirando aire puro.

—¿De dónde es?

—De El Figaró.

—Lo conozco. Es bonito. Apenas un puñado de casas, pero hundido entre esas espectaculares montañas, después de La Garriga y antes de llegar a la plana de Vic... ¿Tu abuela también es catalana?

—Sí, señor. Llegaron juntos. Ella tiene siete años menos que mi abuelo. Se les murieron dos hijos, pero al llegar aquí, al año, nació mi madre.

—Entonces tu padre sí será neoyorquino.

—Como mi madre. Nació aquí pero es hijo de emigrantes.

—Parece que aquí todo el mundo lo es —suspira Pau.

—Mis abuelos paternos son irlandeses, aunque no los llegué a conocer.

—¿Irlandés? ¡Vaya mezcla! —se sorprende.

Al muchacho, ahora, se le enturbia la mirada.

Los ojos sobrevuelan la nostalgia.

El invisible dolor interior que esconden todas las personas y aflora en los momentos más insospechados.

—Murió cuando yo tenía siete años —dice.

Han seguido caminando, pero mucho más despacio. Tanto que ya no parecen un hombre ocupado y un botones de una tienda elegante. La conversación en la lengua materna de ambos los ha unido.

Un cruce de caminos en el corazón del nuevo mundo.

# **Pau Casals i el nen que tocava el violí**

(fragment)



## DO

A la plaça, al costat de l'hotel, hi ha cotxes de cavalls.

Els cotxes són còmodes, confortables, amb seients entapissats de vermell. Els cavalls, bonics. Semblen feliços, ben tips, brillen. No estan gaire guarnits, però tampoc mancats de l'ornamentació adequada. Els cotxers esperen, enfilats al pescant. El seu posat és digne; l'uniforme, sever; el barret, de copa alta. La primavera és suau i càlida, de manera que ja han deixat enrere les mantes. És temps de passejades. Temps de gaudir de la calma exuberant i el silenci del Central Park.

Ah... Nova York sembla més i més espectacular que quan hi va arribar per primera vegada, el 1901.

Han passat quinze anys.

Una exhalació de temps.

Tot i que llavors era novembre, feia fred, pluvia.

Quan el *St. Paul* va passar prop de l'Estàtua de la Llibertat, va sentir un calfred.

La Terra de les Promeses...

En Pau sospira i reprèn el passeig.

Deixa enrere la plaça, a la cantonada sud-est del Central Park, encara en obres a causa del metro i a punt de ser inaugurada. Deixa enrere el fastuós Hotel Plaza i la mansió de Cornelius Vanderbilt II, el monument eqüestre de Sherman i la nova font, anomenada Pulitzer en honor a la generositat del seu impulsor, Joseph Pulitzer, decidit a rivalitzar amb la de la plaça de la Concòrdia, a París. Caminant a poc a poc, segueix pel mateix carrer 58, ara a la part Oest de Manhattan, per sota el parc. Travessa la Sisena Avinguda, i en arribar a la Setena gira a l'esquerra, i llavors veu, un cop més, la impressionant arquitectura del Carnegie Hall.

Demà, concert al Metropolitan, però avui, ara...

Mai no oblidaria el seu debut al Carnegie, el 9 de març de 1904, en el seu segon viatge als Estats Units, ja convertit en solista.

El memorable *Don Quixote* de Richard Strauss, que va fer posar el públic dempeus.

I, a més, poc després d'haver tocat a la Casa Blanca davant del president Roosevelt.

—Ets un sentimental —es diu en veu baixa.

Ho és, i què?

No es pot ser pas artista sense cedir als sentiments.

El nord de tota creativitat.

Algún dia també dirigirà al Carnegie. És un dels seus somnis.

Es pren el seu temps. Contempla els arcs de les portes i les finestres, el to ocre, vermellós, dels maons, els detalls de terracota, les banderes que amb prou

feines es mouen perquè la brisa és imperceptible. La gent passa per la vorera sense fixar-se en el temple de la música, sense alçar el cap. A Nova York tothom sembla que tingui pressa, la vida s'accelera, ningú no passeja llevat que s'endinsi al parc.

Li encanta París, però Nova York... El Carnegie...

Sent música dins del seu cap.

El so del seu violoncel.

Sempre sent música dins del seu cap, però a vegades és molt més que això: una melodia exuberant, un devesall, una concatenació de notes sublimes convertides en ràfegues que reté instintivament.

Mira cap amunt, en direcció al parc. Mira cap avall, per la Setena. Dubta. Les passejades pel Central Park són catàrtiques. Però trepitjar l'asfalt de la Setena és com aspirar la vida al cor de Manhattan.

Decideix submergir-se en aquest cor.

Els seus botins deixen petjades invisibles a la vorera, mentre el trànsit, carregós, omple l'aire de sons inexistents tot just un parell de dècades enrere. L'era de l'automòbil ha arribat per canviar-ho tot.

Durant un moment pensa en la seva caseta de Sant Salvador, a la vora del mar i prop del cel.

Durant un moment.

A vegades casa seva és, simplement, el món. París, Londres, Sant Petersburg...

En Pau segueix caminant.

Hauria de pensar en el concert de demà.

Hauria.

Serà un fet singular, únic. Un punt evocador, trist, carregat d'emocions a flor de pell.

Per què intenta no pensar-hi?

## RE

La sabateria és a prop. Hi ha passat alguna vegada pel davant, ha mirat les sabates, li han agradat, però no ha tingut mai temps d'entrar a la botiga i emprovar-se-les. Comprova l'hora. És el moment. Pren la decisió i entra a l'establiment. Un dependent atén un client que sembla dubtar entre dos parells de sabates molt diferents. El jove que se li acosta és sol·lícit. Li fa una petita reverència.

—Senyor?

—El model de l'aparador. El que té la part superior del botí de color blanc.

—Un gran calçat, acabat d'arribar —presumeix—. Si fa el favor de seure...

Fa el favor.

—Quin número calça?

—El 42, tot i que a vegades pot ser un 43.

—Provarem primer un 42.

Es treu el barret i espera. El parell de sabates aterra en menys d'un minut als seus peus, amb el jove ja equipat amb el calçador en una mà i el reposapeus a l'altra. Li treu la sabata del peu dret i, gairebé amb tendresa, li posa la nova.

—S'hi sent còmode?

En Pau s'aixeca.

Còmode és poc.

Comodíssim.

Un guant al peu.

Tant que opta per mirar més models.

—És perfecte —assenteix—. Me les enduré; però abans, en té cap parell més del mateix estil, en negre, beix...?

—Disposem de la gamma més alta de sabateria per a senyors, no en dubti pas —respon el jove, incorporant-se complagut per la ductilitat del client—. De seguida n'hi porto uns quants models. El senyor vol prendre res, un cafè?

—No, gràcies. Molt amable.

Una altra reverència.

En Pau es treu la sabata escollida. La pell és bona, el tacte perfecte. Una compra excel·lent. La Susan n'estarà encantada. Mentre espera que torni el venedor s'adona que un home gran, dret rere el taulell principal, l'observa amb les celles alçades. Té un diari a les mans.

Un diari amb la seva foto.

En Pau prova de fer l'orni, però ja és massa tard.

Detesta que el reconeugin.

La gent et tracta de manera diferent quan saben qui ets.

En reparèixer el jove amb tres capsos de sabates noves, l'home se situa al seu costat i exhibeix un gran somriure. És el primer que parla.

—Senyor Casals... És un honor servir-lo, i un orgull per al nostre establiment tenir-lo com a client.

—Gràcies —replica ell, mostrant-se mesurat.

El venedor el mira d'una altra manera.

Un personatge important.

—Jo atendre amb molt de gust el senyor Casals, Thomas —li diu l'encarregat de la sabateria.

És inevitable.

El jove ja no compta. Desapareix.

Els cinc minuts següents són de xerrada insulsa i convencional. I ara l'única cosa que vol és sortir de la botiga amb la compra. Les sabates triades i un parell més que també l'entusiasmen. Sí, viu a Nova York de manera temporal des de fa dos anys. Sí, el concert de l'endemà serà una fita. Sí, el motiu és una pena. Sí, parla molt bé l'anglès per ser estranger. Sí, tornarà a l'establiment perquè les sabates són còmodes i de gran qualitat. Sí, sí, sí.

En el moment de pagar la compra, les dues capsos semblen enormes damunt del taulell.

—Vol que avisi un taxi, senyor Casals?

—No, gràcies. Visc relativament a prop.

—Lavors, li enviem les dues capses a casa? Serà un plaer.

—No cal, jo...

—Oh, permeti'm que hi insisteixi! —s'esforça l'home—. Deixi'm que, almenys, un dels nostres nois l'ajudi i l'acompanyi fins a casa seva portant la càrrega. És el mínim que podem fer.

Té escapatòria?

Al capdavant, l'encarregat té raó. Les dues capses fan embalum. Si la botiga disposa d'un noi per fer aquestes feines...

Es rendeix.

—D'acord, és molt amable.

—Només faltaria! —Alça una mica la veu i diu—: Thomas, crida el noi!

## MI

El noi deu tenir uns catorze o quinze anys. Sembla despert, tot i l'uniforme en què està embotit. Perquè duu uniforme, sí. El seu aspecte, més que d'empleat d'una sabateria, és el de grum d'un gran hotel o d'un banc. Sens dubte, alguna cosa en ell no encaixa. Potser les sabates, massa grans. Potser la jaqueteta, massa marcial. Té els ulls vius, desperts. Els ulls d'un murri que, si no treballés en una

bona botiga, serien els d'un noi del carrer, habituat a sobreviure més que no pas a viure. En Pau no camina mai de pressa, de manera que l'acompanyant s'adapta al seu pas, tot sostenint les dues capsos amb totes dues mans.

El noi el mira.

De reüll.

No s'atreveix a dir res, tot i que fa l'efecte que es mor de ganes de fer-ho.

Una escena curiosa.

Tant, que és en Pau mateix qui trenca el gel.

—Com et dius?

I llavors...

La sorpresa.

—Paul —respon. I afegeix en perfecte català—: Però a casa em diuen Pau, com vostè, senyor.

La sorpresa és majúscula.

El noi parla català?

Gairebé atura el pas.

—Però escolta... —li somriu.

N'hi ha prou perquè ell faci el mateix, si bé tímidament.

—És un honor acompanyar-lo, senyor.

—Ets emigrant?

—Vaig néixer aquí, senyor —contesta amb una mica més d'aplom—. Soc novaiorquès. El meu avi va ser el primer que va arribar aquí.



—Quant temps fa d'això?

—Va ser el 1880.

—És viu?

—Oh, sí —torna a somriure en Paul, ara en Pau—. Té setanta-set anys i està fort com un roure. Diu que per alguna cosa va créixer a la muntanya, respirant aire pur.

—D'on és?

—Del Figaró.

—Ho conec. És bonic. Amb prou feines quatre cases, però enfonsat entre aquelles muntanyes espectaculars, després de la Garriga i abans d'arribar a la plana de Vic... La teva àvia també és catalana?

—Sí, senyor. Van arribar junts. Ella té set anys menys que el meu avi. Se'ls van morir dos fills, però en arribar aquí, al cap d'un any, va néixer la meva mare.

—Llavors el teu pare sí que deu ser novaiorquès.

—Com la meva mare. Va néixer aquí, però és fill d'emigrants.

—Sembla que aquí tothom ho és —sospira en Pau.

—Els meus avis paternes són irlandesos, però no els vaig arribar a conèixer.

—Irlandès? Quina barreja! —comenta sorprès.

Al noi, ara, se li enterboleix la mirada.

Els seus ulls sobrevolen la nostàlgia.

L'invisible dolor interior que amaguen totes les persones i aflora en els moments més insospitats.

—Va morir quan jo tenia set anys —diu.

Han continuat caminant, però molt més a poc a poc. Tant que ja no semblen pas un home ocupat i un grum d'una botiga elegant. La conversa en la llengua materna de tots dos els ha unit.

Un encreuament de camins al cor del nou món.

*(La novela "Pau Casals i el nen que tocava el violí" ha sido publicada por La Galera en 2020).*